



*El Circo de
la Rosa
(The Circus Rose)*

*Betsy
Cornwell*

TRADUCCIÓN DE
MARÍA GAY MORENO

Kakao  books

A stylized illustration of a circus tent with a star on top, surrounded by bunting and confetti. The tent is dark grey with a white star on top. Bunting with various patterns (stars, stripes, polka dots) hangs from the top. Confetti is scattered around the tent. The background is light grey.

Primera edición: Septiembre de 2020
Título original: *The Circus Rose*
Editorial original: Clarion Books

THE CIRCUS ROSE by Betsy Cornwell
Text copyright © 2020 by Betsy Cornwell
Published by Clarion Books, an imprint of Houghton Mifflin Harcourt
Publishing Company, 2020. Published by arrangement with Pippin
Properties, Inc. through Rights People, London.

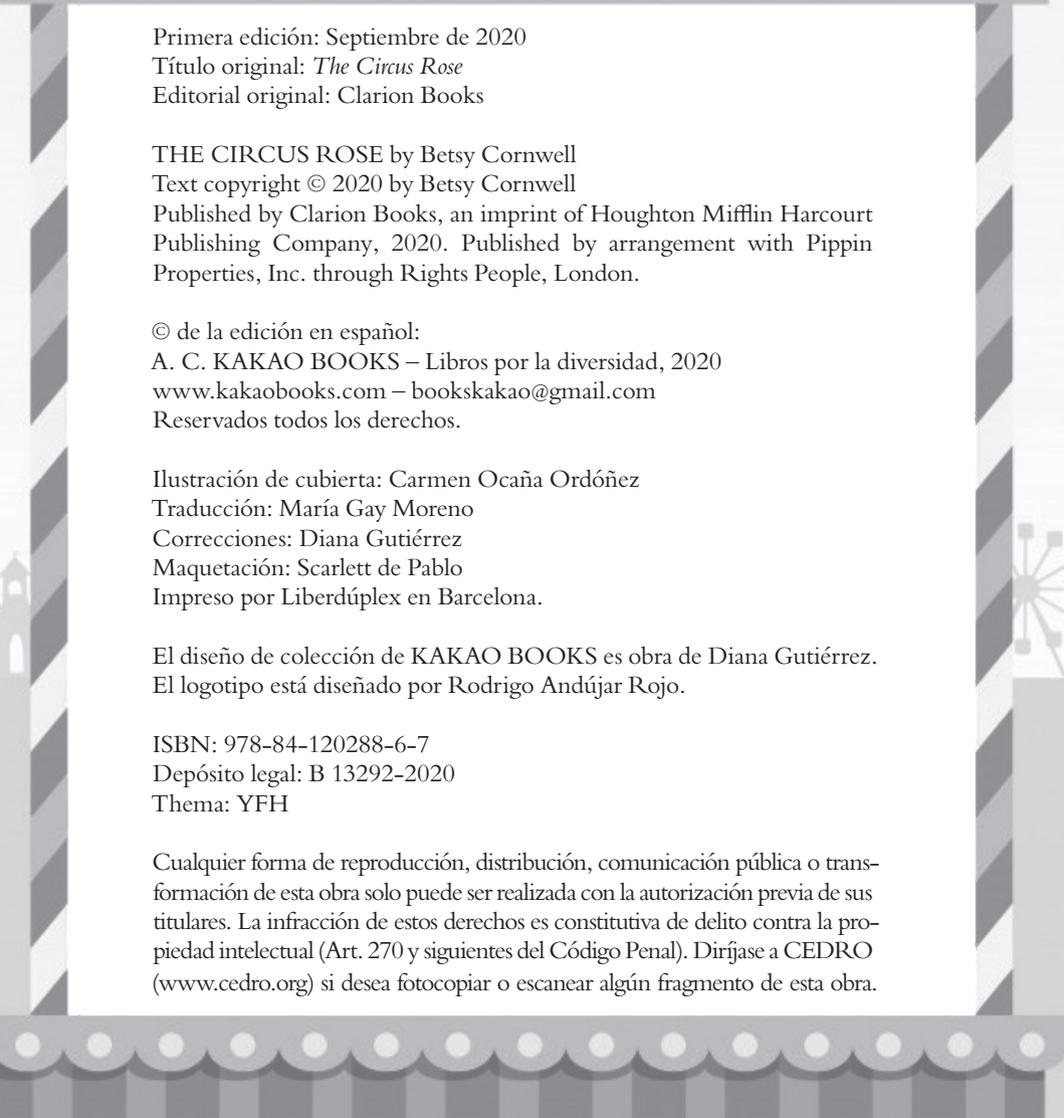
© de la edición en español:
A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2020
www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com
Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Carmen Ocaña Ordóñez
Traducción: María Gay Moreno
Correcciones: Diana Gutiérrez
Maquetación: Scarlett de Pablo
Impreso por Liberdúplex en Barcelona.

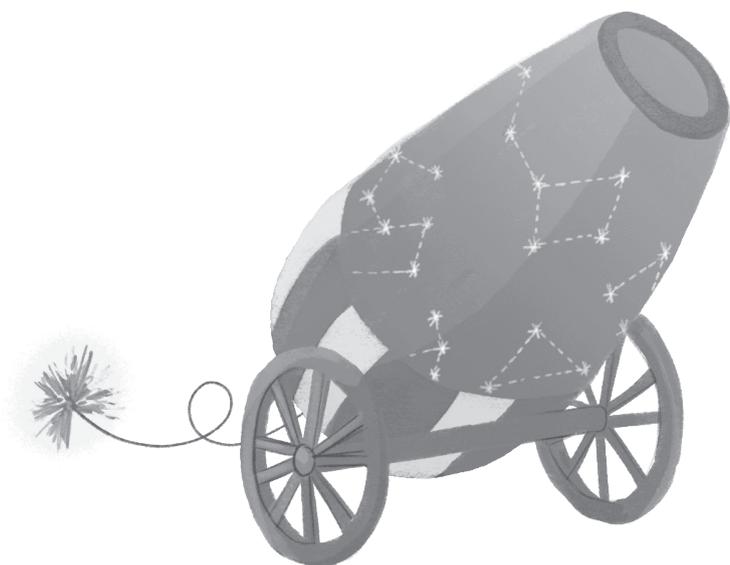
El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez.
El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-120288-6-7
Depósito legal: B 13292-2020
Thema: YFH

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización previa de sus titulares. La infracción de estos derechos es constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si desea fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A decorative border with a striped pattern on the left and right sides, and a scalloped edge at the bottom. The background of the page is light grey with a subtle pattern of small squares and lines.

*Para Kathrin,
mi querida hermana*



Las dos se querían tanto que siempre iban de la mano cuando salían juntas y, cuando Blancanieves decía: «Jamás nos separaremos», Rojaflor respondía: «No mientras vivamos».

«Blancanieves y Rojaflor», *El libro azul de los cuentos de hadas*, edición de Andrew y Nora Lang, 1889





DRAMATIS PERSONAE



NÍVEA

Tramoyista

FLAMA

Acróbata. Melliza de Nívea

ÁNGELA

Fundadora y maestra de ceremonias del Circo de la Rosa. Madre de Nívea y Flama

TAM

Ilusionista

VERA

Mujer forzada

TORO

Payaso principal y contable del circo

POMA

Regidor

CIARAN

Bailarín

BONNIE

Contorsionista

HERMANO CAREY

Abad de la Hermandad

LORD BRAM

Cortesano. Padre de Nívea

TOBÍAS VALKO

Marinero. Padre de Flama

SEÑORITA LAMPTON

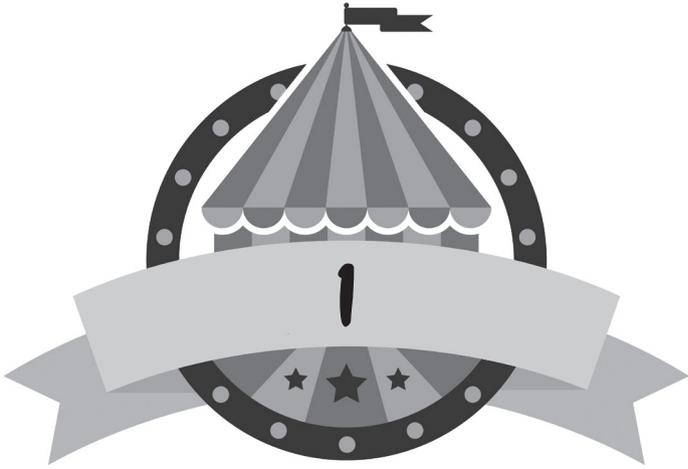
Directora de la Academia Femenina de
Ingeniería Lampton

DIMITY, RACHIDA, CONSTANCE,
FELICITY Y FAITH

Estudiantes de Lampton

OSO

Un oso



FLAMA



Y ahora...

¡Damas, caballeros y hadas!

NÍVEA



Flama y yo somos mellizas, pero también hermanastras.

Sucedió como puede imaginarse, por supuesto. Nuestra madre amaba a dos hombres a la vez y se acostó con ambos el mismo mes.

Nuestros padres quisieron que eligiera solo a uno, así que ella los dejó a los dos antes de saber siquiera que estábamos en camino.

De todas formas, los vimos tan poco durante nuestra infancia que, por lo que a nosotras respecta, podríamos ser hijas del mismo. Dos padres ausentes son iguales que uno solo.

Pero son hombres distintos y la gente siempre se sorprende.

Una cosa es que seamos hermanastras mellizas, pero... ¿que además nuestra madre sea una mujer barbuda que ha trabajado rodeada de bichos raros, como ella dice cariñosamente, desde que solo era una muchachita de catorce años con bigote incipiente?

Flama y yo llevamos el circo en la sangre. Jamás hubo posibilidad alguna de que nos dedicáramos a otra cosa.

Sin embargo, Flama nació para el espectáculo de una forma muy distinta que yo. Creo que su piel se es-

tremece de frío si no está bajo la luz de los focos. Cuando recorre la cuerda floja con los brazos extendidos y una enorme sonrisa, su energía se restablece como si tomara el sol. Flota de un trapecio a otro como una sirena entre las olas de un mar resplandeciente, sin dudar ni un segundo que el aire la sostendrá. Resulta totalmente deslumbrante incluso cuando solo baila.

Resulta deslumbrante, y deslumbra al mundo entero.

Yo prefiero quedarme entre las sombras.

Me cambié de bando, abandoné la luz de los focos y me dediqué a ser tramoyista en cuanto me di cuenta de que podía hacerlo. Por suerte, nuestra madre no se lo tomó a mal. Renunció a sus sueños de contar con un número doble sin queja alguna, al menos que yo sepa, y pidió al equipo entre bastidores que me enseñara el oficio.

Yo me planté detrás de los focos y Flama se expuso a ellos.

Pero la luz la compartimos, incluso así.

FLAMA



¡Niños de todas las edades!

Nívea y yo
somos mellizas
y hermanastras.

Hay quien nos considera
un número secundario.

Les presentamos,
Pero esta es
la gran verdad:

para su
entretenimiento y placer:
los grandes artistas
son números
dobles

¡la Rosa del Circo de la Rosa!
en soledad.

NÍVEA



Para cuando fui lo suficientemente mayor como para recordar cosas, nuestra madre había reunido una compañía de una docena de artistas. Siempre había querido que el Circo de la Rosa creciera y se convirtiera en el mayor espectáculo de su clase de los tres continentes.

Sin embargo, no tenía ningún equipo técnico y ella, Vera y Toro se encargaban de las gestiones entre bambalinas a todo correr entre sus propias actuaciones. Todo el mundo tenía tres trabajos: actuar, ocuparse del aspecto técnico y cuidar de Flama y de mí: siempre jugábamos, comíamos y dormíamos bajo la atenta mirada de contorsionistas, siameses, albinos, acróbatas, jinetes, domadores de leones, payasos y bailarines.

Al cabo de un tiempo y presa del agotamiento y la desesperación, nuestra madre reconoció que necesitaba un regidor.

El circo se había instalado en la capital de Esting, pero nuestra madre tuvo que cancelar algunas actuaciones a causa de unos manifestantes religiosos que bloquearon la taquilla después de la noche inaugural. Cuando nos contó la historia después, no estaba muy claro qué aspecto concreto del circo les ofendía tanto,

pero cuando nuestra madre y Vera salieron a hablarlo con ellos, llegaron a las manos rápidamente.

Nadie nos contó nunca a Flama y a mí lo que pasó exactamente, pero, al parecer, un sacerdote de la Hermandad agarró a nuestra madre de la barba y le...

Sigo sin saber qué le hizo. Nadie ha querido contármelo.

Un hombre enorme que estaba en la cola de la taquilla se interpuso entre nuestra madre y el sacerdote y, como este seguía sin soltarla, sacó un cuchillo y la liberó.

El hombre se llamaba Poma.

—La barba tardó meses en volverme a crecer—decía siempre nuestra madre—. Solo le perdoné porque quién sabe qué más habría perdido si no llega a estar allí... y por todo lo que ha hecho por nosotros desde entonces, claro.

Poma siempre bajaba la mirada cuando ella, o quien fuera, lo elogiaba, para ocultar su sonrisa y sus mejillas sonrojadas. Fue la primera persona que conocí, aparte de mí, que era discreta. ¿Acaso no era eso peculiar en un circo?

Poma era carpintero. Se ofreció a ayudar a nuestra madre y a Vera a reparar la taquilla, que había quedado dañada a raíz de las protestas.

Cuando el circo se fue de la ciudad, se vino con nosotros; decía que no había nada que le retuviera en casa. Pasó a ser el regidor y encargado de un equipo técnico que iba creciendo lentamente junto al plantel de artistas de nuestra madre.

Yo admiraba su fuerza silenciosa y su timidez. Empecé a seguirlo entre bastidores en cuanto tuve la edad suficiente para no meterme en líos, que llegó antes para mí que para Flama. Observaba cómo él, junto al equipo, construía los decorados y manejaba las cuerdas; y aprendí a ayudarles.

Quería construir cosas y permanecer entre las sombras, como Poma. Creo que fue la primera vez que vi a alguien que realmente brillaba al otro lado de los focos.



FLAMA



Mamá fundó
el circo
sin nosotras,
o eso creyó.
Dos perlas,
que pronto serían niñas,
detuvieron los ciclos
dentro de ella
mientras esperábamos
a salir a escena.

Mamá, sola,
sin sus dos amantes ya,
encontró un sueño nuevo
al que dedicar su afecto:
un circo, una profesión
y una vida.

Primero contrató
a Vera: la forzuda
de la parada
donde ambas trabajaban

como chicas de paso.
Al crecer, sus vidas
las separaron.

Pero Vera siempre
dice que ni el tiempo,
ni la distancia,
afectan al corazón
de los amigos de verdad.
El suyo recordó,
inmediatamente,
a mamá.

(Y su nombre, además,
por si no lo saben,
significa «verdadera»).

Este circo de rosas
tuvo un gran comienzo:
una mujer barbuda y otra
capaz de tumbar,
sin esfuerzo alguno,
a todo el que se propusiera.

Para cuando supo
que estábamos ahí,
mamá ya contaba
con Vera y con Toro:
el ingenioso payaso

cuyo talento
con los números
lo sobrepasaba todo.

El negocio nació
junto a nosotras:
fuimos trillizos.
Y en el estandarte nació
una flor roja
como el fuego de mi nombre:
el circo.

Se parecía más a mí
que a Nívea,
la hermana callada
que piensa siempre

en línea

recta.

NÍVEA



Con catorce años, la misma edad que tenía nuestra madre cuando se escapó de casa para unirse al circo, ella me dejó inscribirme en la Academia Femenina de Ingeniería Lampton, a las afueras de la capital de Esting. Desde que fui lo suficientemente mayor para controlar las manos, me dedicaba a dismantelar cosas para ver cómo funcionaban, y esa academia recibía a chicas de todas las edades para que aprendieran el funcionamiento de las máquinas por cuenta propia. Yo había soñado con ser ingeniera toda mi vida, y la historia de Nicolette Lampton —Mecánica, la niña inventora que le había robado el corazón al rey, pero decidió fundar la Academia Lampton en lugar de convertirse en reina— me había cautivado desde que la escuché por primera vez.

En el circo, lo importante es la ilusión y la capacidad de maravillarse; la gente hace cola para ver lo imposible. Casi todo el público de un circo busca que lo maravillen.

Para mí, eso solo es el principio. Lo único que las ilusiones consiguen es motivarme a descubrir los porqués y los cómo.

Deseaba muchísimo ir a Lampton, pero me aterraba dejar el circo atrás. Sin embargo, debía admitir que el circo me resultaba algo agobiante. Había gente alrededor constantemente: artistas, equipo técnico, público, público y más público, y el hecho de que nuestra madre considerara como de la familia a todos. Nuestra madre tenía afecto para todo el mundo en su corazón, incluido hasta el más recóndito miembro del público. Los quería desde el momento en que entraban en la feria o pasaban bajo la carpa. A veces se me ocurría que el corazón de nuestra madre era como el cartel que anunciaba todos los espectáculos, pero me decía a mí misma que Flama y yo sin duda éramos los números principales en él.

Cuando me fui a la academia, por primera vez quise ser el número principal de mi propia vida.

Flama y yo habíamos compartido cada segundo de nuestras vidas con el Circo de la Rosa al completo y, por supuesto, con nosotras mismas. Yo no tenía ni idea de cómo sería en soledad: no una melliza, ni una hija, ni parte de un equipo.

Solo Nívea, sin más.

Pero lo cierto es que ni siquiera mi nombre es solo mío: es un dueto con el de mi hermana.

Nívea y Flama, en honor al color de nuestro pelo cuando nacimos.

Yo llegué primero y apenas lloré; tenía una nubecita retorcida blanca en la cabeza y una mirada muy seria.

Flama vino dos minutos después, presa de un llanto tan intenso que habría sido capaz de romper cristales,

con un pelo rojo tan brillante que nuestra madre creyó que se trataba de más sangre a causa del parto.

Esos dos minutos fueron los únicos que Flama y yo pasamos solas. Yo me dediqué a pensar y ella a temblar de miedo.

Eso resume bastante bien lo que opinamos cada una de la soledad.

Nuestra madre había querido llamar al bebé, fuera niño o niña, Rosa, en honor al circo que estaba orgullosa de haber fundado. No se esperaba dos bebés. Sin embargo, en cuanto nos vio, se imaginó maravillada el número doble que protagonizaríamos y hasta cómo serían los carteles.

Escogió nuestros nombres del mismo modo que si nos hubiéramos presentado ante ella para proponerle un espectáculo: nos puso nombres que atrajeran al público. Dibujó un símbolo de igual entre nuestros nombres que representaba nuestra semejanza, al mismo tiempo que destacaba nuestras diferencias.

Nívea, la del pelo blanco, y Flama, la del pelo rojo: tranquila y amable una, fogosa y luminosa la otra.

Blancanieves. Rojaflor.

Somos distintas. Somos iguales.

Yo soñaba con ser libre y, al mismo tiempo, me aterrorizaba.

No obstante, cuando con catorce años me vi ante la puerta de la Academia de Ingeniería de la mano de nuestra madre, un contacto que no volvería a darse hasta que terminara el curso, sentí algo que nunca había sentido.

Supé lo que significaría dejar a mi familia y me sentí culpable: por supuesto, por dejar a nuestra madre, pero sobre todo por dejar a Flama.

En realidad, Flama nunca ha tenido las cosas fáciles, a pesar del gozo que le causa actuar: si se expone demasiado a toda la luz y los sonidos que le encantan, al brillo, al ruido o a cualquier cosa que se incruste en sus sentidos durante demasiado tiempo, termina sobrepasada y su mente es presa del pánico. Retrae sus pensamientos en un bucle infinito hasta que no es capaz de hablar y tampoco es capaz de comprender ni una sola cosa que se le dice.

La única cura para Flama, cuando la vida la sobrepasa y se paraliza, es irse a un lugar oscuro y tranquilo y descansar durante un largo tiempo, tal vez durante horas, junto a alguien querido. Nunca en soledad.

Desde el día que nacimos, yo fui esa persona. Puede que incluso desde antes de nacer: después de todo, compartimos un vientre antes de existir. Yo siempre fui la experta en conseguir que Flama regresara al mundo, en tumbarme junto a ella en la oscuridad sin moverme, paciente y respirando con una lentitud tal que ella terminaba por acompasar su respiración con la mía.

Por lo menos, fui la experta hasta que llegó Oso.